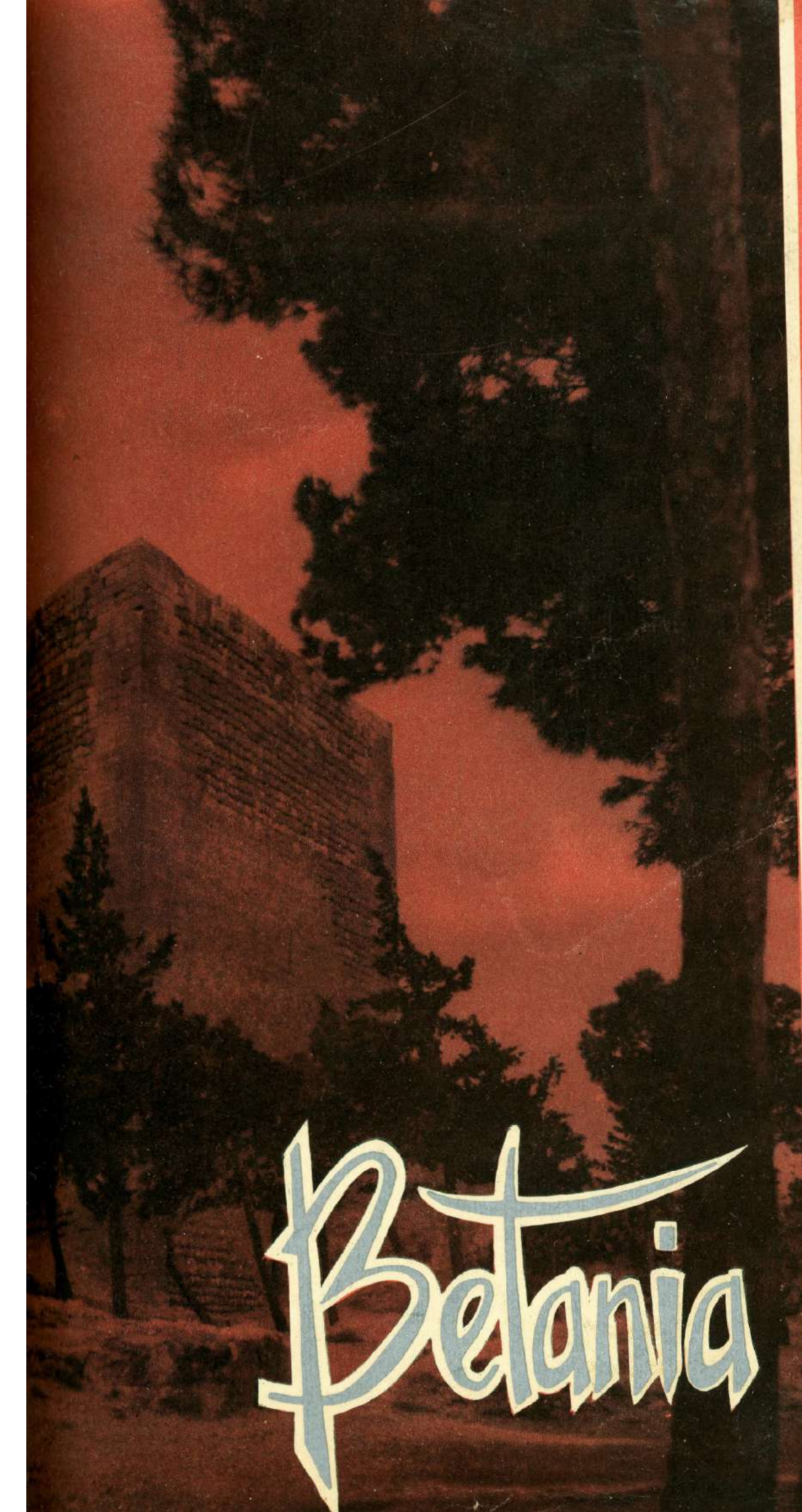




Betania

Julio 1961

Trascendentalismo noveldense de AZORIN

Adelino
Calatayud

Al querer contribuir a la exaltación del autor de «Castilla» ha surgido ante nosotros el inevitable dilema: ¿Qué vamos a escribir? ¿Ahondaremos en la aventura intelectual noventayochista? ¿Acaso escribiremos sobre la estética azoriniana? ¿Relataremos su acontecer biográfico-anecdótico?

Abrumadora va siendo ya la ingente bibliografía que gravita sobre el escritor y su obra. Nosotros, con la limitación imperativa de nuestros cortos alcances literarios, vamos también a echar nuestro cuarto a espadas, sin pretender con ello, claro está, sentar cátedra de doctos azorinistas. Sencillamente aspiramos tan sólo a verter en estas notas un poco del entusiasmo que el corazón, ya colmado, no puede contener.

Digamos resueltamente que Novelda está en deuda con Azorín. No conocemos ninguna manifestación de reconocimiento al escritor, excepto aquella en que nuestro paisano don Eleuterio Ábad, en representación de Novelda, pronunció un breve discurso en el banquete-homenaje que al maestro le ofrendó Monóvar en mayo de 1930, con motivo del estreno en esta ciudad del auto sacramental «Ángelita». No podríamos decir lo mismo —y ello nos place consignarlo aquí— del otro gran estilista alicantino Gabriel Miró. A Miró le ha tributado nuestro pueblo pruebas inequívocas de admiración. Tres detalles podrían corroborar nuestro aserto: la calle que desde 1931 viene ostentando su nombre; el lugar preferente de sus Obras Completas en la biblioteca del Casino; y los homenajes reiterados de la prensa local. Entre ellos, en junio de 1933, uno de emotiva delicadeza donde bajo el epígrafe «Una bella crónica de Gabriel Miró» publicóse, íntegro, el capítulo del «Libro de Sigüenza», titulado «Un domingo». Con hondo lirismo, muy miro-niano, deja constancia el escritor en estas páginas de una de sus visitas a Novelda y su Castillo de la Mola.

Confesamos que nuestros fervores admirativos se los reparten, por igual, Azorín y



Gabriel Miró. Son nuestra máxima devoción literaria. Por ello sentimos dolorosamente esa preterición del literato monovero. No quisiéramos contar a nuestros paisanos entre aquellos a quienes, muy agudamente, definió el P. Félix García como «excelentes panegiristas de glorias póstumas».

Esta va a ser la orientación de nuestro trabajo: labor de acercamiento a la obra de Azorín por vía de su posible novelderismo. Muchos noveldenses le han reprochado tácitamente al maestro el que en sus descripciones maravillosas de la tierra alicantina no asomada al mar, se haya detenido siempre su pluma en la periferia de nuestro término municipal. No vamos a negarles a estos amigos su parte de razón; pero ello no será óbice para una revisión de tal actitud. Hagámosla:

Algún tiempo antes de sus manifestaciones al periódico ABC —19 de noviembre de 1952— considerando terminada su brillante carrera periodística, escribió nuestro autor un artículo, en el mismo periódico, titulado «María Magdalena». En él se ocupó de Malón de Chaide y de su obra «La conversión de la Magdalena». Al finalizar el artículo, tuvo Azorín para Novelda un delicado recuerdo. Nos hacía saber a sus

lectores que en la provincia de Alicante, y a corta distancia de uno de sus bellos pueblos, existe en lo alto de un cerro un santuario donde se venera a la Santa. ¿No dice nada a vuestro espíritu esta sencilla alusión, escrita desde Madrid por un coterráneo que no ha pisado su tierra natal desde muchos años ha?

En 1959 aparece «Posdata», «un librito íntimo» donde «puedo decir en él lo que no podría decir en otro de tono levantado y solemne», como afirma su autor en una de sus páginas. Pues bien; en este librito hay un capítulo epigrafiado «En Novelda». Ya alcanzada la serena senectud, la fuerza emocional de la sensación de un pueblo —el nuestro— resurge en las claras regiones de lo consciente para plasmarse en esta imagen:

«Novelda nos da la sensación de lucidez y placidez, de vida intensa y vida apacible. La vemos como recostada cabe sus pródigas huertas. Pero la clara ciudad no vaga. No puede vagar el levantino. Hay en levante una sutil idealidad que se expresa en el cielo, casi azul, casi blanco; en la luz desleída; en el color, atenuado; en la vegetación, sobria. La Naturaleza se recoge y el espíritu se expande».

¿No os conmueve constatar que Novelda prendió amorosamente en la sensibilidad del escritor, en sus más arraigadas que-
rencias?

A la hora decisiva de las revisiones, Azorín ha cambiado el título de uno de sus libros. Es el que en su primera edición de 1929 llamó «Superrealismo». Hoy queda incorporado a las Obras Completas de su autor con el nuevo título de «Libro de Levante». En este libro el escritor, con profunda superación de su estilo, ha prendido entre los puntos de su pluma el alma sutil de nuestras cosas vernáculas. ¿Puede un libro titularse genéricamente de Levante y prescindir de este trozo de tierra, tan levantino, tan alicantino, por sus cuatro costados, que es Novelda? ¿Puede escribirse este libro sin adentrarse en el alma a su autor fragmentos vitales del latir de nuestro pueblo? Creemos, sinceramente, que no. Hemos leído — releído — este libro con morosa delectación. Y hemos visto surgir de sus páginas, magnificados, sublimados, nuestro paisaje, nuestras mujeres, nuestras costumbres, nuestros labriegos. De este libro hemos

escogido para nuestro propósito los textos que a nuestro juicio atesoran más acusado novelderismo. Podría objetárenos, al hablar de este posible novelderismo de Azorín, que algunos de los textos que vamos a transcribir, son referidos por el autor a su pueblo natal Monóvar. Asentiría. En todo caso descubriríamos rasgos comunes entre los dos pueblos que no invalidarían nuestra posición. Existen modos y costumbres entre pueblos comprovincianos que les vienen de un mismo denominador común. No se puede dudar de que si yo soy poseedor de una rara virtud coincidente con la de otro, todas las exaltaciones o depreciaciones que un tercero hiciera de esta virtud, nos atañería a los dos por igual. Mas veamos la almendra de la cuestión:

Imaginemos cualquier hogar noveldense y una figura femenina en él; un día de labor y el escritor que describe:

«La pasión por la limpieza; toda la casa barrida diariamente; y como epílogo retardado, otro barrido después de comer; no puede faltar en ninguna casa esta ratificación de barrido tras el prandio. Y los sábados limpieza a fondo; cosa seria y trascendental; el olor a cloruro... el cloruro con que se fregaba ásperamente, con tesón, la madera de pino sin pintar; y la pobre madera que iba gastándose y dejando al descubierto, en relieve, sus nervuras. Y la arena y el jabón. Toda la casa reluciente de limpia. Todo blanco; el yeso y la madera. Todo trascendiendo a cloruro y a jabón.

...Junto al cantarero, la toalla blanca y recia que pende. El cantarero, pieza principal de la modesta casa. El agua y el aire; el agua cristalina y aire delgado del campo. Los cantareros y las jarras que rezuman en pequeñas gotas que se deslizan por las rotundidades del amarillo barro. La paz y el silencio de la casa. El brillo de la jofaina blanca con dibujos azules en la penumbra grata y sedante».

¿Le negaríamos novelderismo a este trozo literario?

Veamos ahora si pueden pasar por nuestros estos labradores que nos va a presentar la pluma azoriniana:

«...Todo lo bueno y lo mejor de todas partes, aquí en la tierra alicantina. Los solícitos, cuidadosos, perseverantes labradores alicantinos. Los más obstinados, apasiona-

Sigue de la página anterior

dos cultores de España. Su perseverancia, su amor a la tierra. El gesto de amor con que los labriegos pasan el reverso del ancho y brillante legón por el lomo de los camellones. Su pericia y delicadeza en los injertos. Su maestría en la poda; la poda, arte sabido de pocos; ...El cavar hondo con el anchuroso legón; cortar la tierra, tierra amarillenta, rojiza, como una pasta blanda... El cornijal como símbolo de los afanes del labrador de Alicante... cornijales que son rebujales o bancalitos que se forman en el recodo de una vereda o el rincón de una cañada y como remate de un predio. Aprovechados afanosamente. Cornijales limpios de piedrecitas y de cardos y lampazos. El agua que tiene aquí un valor que no tiene en ninguna parte; regar, rito sagrado; el agua que se va extendiendo poco a poco por la sedienta, ávida tierra. Y la hidrogogía o arte de nivelar las aguas; nivelarlas; nivelarlas para que alcancen a todos los desiguales pedazos y se vaya regando todo. Contempladores perpetuos del cielo, estos labriegos. Como llueve poco, se está esperando siempre la lluvia. Caras levantadas al cielo; caras que atisban el horizonte. Maestros en celajes; doctores en nubes. Popularidad de lo que se llama las Cabañuelas o días críticos de agosto; días indiciadores del tiempo futuro; días de que dependen los meteoros. Las cabañuelas y el camino de Santiago, que aquí se llama de la abuela Santa Ana. Contemplación del camino de Santiago en las noches límpidas, radiosas, de Levante. En la casa todo limpio, y en el campo ni una hierbecita nociva...»

He ahí el signo trágico de nuestros hombres del campo: «contempladores perpetuos del cielo.» Y la síntesis suprema de su definición: «maestros en celajes; doctores en nubes.»

Veamos otra estampa y decidme si Novelda sería buen marco para aprisionarla en su integridad. Esta vez son las olivas. El maestro Azorín con su prosa inimitable escribiendo sobre las olivas. ¡El poema de las olivas! Leámosle:

«...Olivas negras y olivas verdes partidas. No hay otra cosa en la región de las olivas; las demás olivas, las gordales, son cosas de hoteles y colmados. Lo clásico son las olivas negras y las verdes partidas. Las negras: en noviembre o diciembre, en una orza o tinaja, una tongada de olivas y encima otra de tomillo y ajedrea; todo a capas; agua y sal; tapada cuidadosamente la orza; al verano, ya se pueden comer las olivas. Las verdes; se machucan sobre una tabla con una piedra; también tomillo y ajedrea a tongadas; rajas de limón y hojas de laurel. Sal, agua y cierre hermético... En el armario que está junto al hogar, las olivas encerradas han puesto una fragancia que se escapa por toda la cocina cuando se abre la puerta... Con el pañuelo puesto sobre el muslo, para oxear las moscas inoportunas, el labriego, sentado ante la mesa baja, va comiendo despacio, muy despacio; las olivas, una sardina que se ha prensado entre el marco y la puerta, para que se desprendan las escamas; sardina de cuba, un pedacito de bacalao...»

Y este bodegón, tan alicantino, tan noveldero, que vamos

a extraer del libro «Valencia», ¿no dirá nada a vuestro espíritu? Esta es una de las páginas más representativas del arte azoriniano. Aquí el autor, con la habilidad del alquimista, transmutando en calidades estéticas, la humildad de la alcuza, la vulgaridad del bacalao y la insignificancia de unos pimientos. Saboreemos:

«La escudilla. En el vasar de la despensa, o en el revellín del manto de la chimenea. La escudilla blanca con filetes azules. Y el «cetrill» o alcuza. El aceite no ha de ser del refinado, claro, transparente, insípido e inodoro. Ese aceite sin sabor no lo hay por acá. El aceite es verdoso, espeso, que sabe a la aceituna y que crece en la sartén. Escudilla y alcuza. Falta el frasco con vinagre. El vinagre puro, el buen vinagre de vino, sólo aquí, en esta tierra que da vinos de catorce a dieciocho grados, se encuentra. Y es un vinagre fuerte, oloroso. Con unas gotas en un vaso de agua se quita la fiebre y se refresca el cuerpo. Cuando se destapa el frasco, se esparce un vivificante olor por todo el ámbito.

«Brilla el vidriado de la escudilla blanca. Arranca la viva luz irisaciones al vidrio del frasco. Permanece seria, hosca, digna, consciente de su misión, la alcuza. En el hogar, entre las brasas, se va tostando el bacalao. La piel, socarrada, es otro olor que nos estimula. Y hay unos pimientos, chicos y redondos, «ñoras», pimientos secos, secados en ristras al sol, colgadas en las fachadas de las casas, que también entran en el fuego. La cocina es amplia y el hogar espacioso. Lo forma una ancha losa bajo la campana de la chimenea. Adosada a la pared se ve una mesita baja de pino. En el reino de Valencia —especialmente en Alicante— se come rústicamente en mesas bajas. Las sillas también son de poca alzada. La mesa va a ser colocada en el centro de la cocina, y la mágica operación cumplida. El bacalao se desmenuzará, las «ñoras» se convertirán en pedacitos, y el todo, revuelto, se colocará en la escudilla. Entonces el vinagre alegre y el aceite severo entrarán en acción. Saturado el manjar de aceite y vinagre, no habrá más que comerlo. Comerlo y saborear una de las cosas más exquisitas de todas las gastronomías... Con este manjar entra en nuestro cuerpo, de modo gustoso, el sobrio paisaje alicantino, todo grises, y la sencillez de las costumbres, y la limpieza de las alicantinas, y la parquedad del valenciano en gestos y palabras, y la serenidad muda en el dolor.»

Y este fino escritor, que con Gabriel Miró, completa la visión artística de nuestros paisajes y costumbres, este escritor, por absurdo y paradójico que parezca, no tiene en nuestra ciudad rotulada una calle con su nombre. Y no es que a Novelda le duelan prendas cuando de homenajear escritores se trata. Ahí están las calles dedicadas a Cervantes, Quevedo, Santa Teresa, Lope, Calderón, Tirso, Fray Luis, Menéndez Pelayo, Miró, los Quintero... ¿Es que, en criterio de los noveldenses, anda menguado de méritos el maestro Azorín, cuando los tiene reconocidos universalmente?

